Heidegger: Mucho ruido y poco ser

I. Ser

SER MARAVILLOSO: OOOOH, AAAAH

El sentido del asombro es la inspiración de la filosofía de Heidegger. Los hay entre nosotros que se quedarían impactados por, digamos, una mujer barbuda; o por el edificio más alto del mundo; o que mirarían reverencialmente una fotografía de nuestro atractivo planeta hecha por un satélite. No Heidegger. Él podía encontrar maravilla en las cosas más humildes, por ejemplo, en una taza de chocolate caliente. Porque lo que dejaba perplejo al joven Heidegger no eran las propiedades particulares de esta taza de chocolate (su color, forma, olor, etcétera), ni cómo llegó allí (que fue vertida por su abnegada madre), sino el hecho aparentemente primordial de que *era*. Su existencia. Su *es-dad*. Ser. La admiración ante el misterio del ser fue la base de toda la filosofía posterior de Heidegger.

SER CUESTIONABLE

Leibniz había resumido este sentido de asombro en su «primera cuestión» de la filosofía: « ¿Por qué hay algo en lugar de nada? ». Platón, Aristóteles y otros innumerables filósofos y teólogos se formularon, a su manera, la misma pregunta. Heidegger prefiere su propia enunciación de la misma (algo del estilo: « ¿Qué es el Ser?», o alternativamente, « ¿Cuál es el sentido del Ser?»), que identifica explícitamente como la primera y única pregunta de toda la (su) filosofía. Para aclararla un tanto, Heidegger distingue entre «ente» y «Ser» (*das Seiende* y *das Sein*). Hay muchos pequeños entes (como mujeres barbudas, edificios y planetas) pero hay un único Ser. El Ser es. No es otra cosa sino él mismo. El Ser se revela en y a través de estos pequeños entes (que se sumergen en el Ser y participan de Él), pero el Ser es aun así algo diferente. Es «lo» más fundamental y universal acerca del mundo (de hecho, puede que justamente *sea* el mundo). Así que la misión de la filosofía es determinar lo que es el Ser.

El objetivo de Heidegger es «pensar el Ser» o alternativamente «decir el Ser». El deja saber que se trata de algo muy difícil de hacer. Miles de páginas de densa y oscura prosa tan sólo nos han llevado un poquito más cerca de este «decir». ¿Por

qué debe ser así? Di: Ser. Dilo tal y como lo quieres decir. Ahí está. Dicho y pensado, todo a la vez. Una vez más: Ser. Así que, ¿por qué Heidegger lo encuentra tan complicado?
(...)

CUESTIONES CUESTIONABLES

Las aproximaciones de Heidegger al tema del Ser expresan, en su forma idiosincrásica, los logros e ilusiones de mucha de la filosofía tradicional. El atractivo de Heidegger reside en el sentido de concreción sobre el mundo que sus escritos transmiten en ocasiones. En el mejor de los casos, Heidegger nos exhorta a prescindir de las formas abstractas de entendernos, al modo de la visión cartesiana de nosotros mismos como mentes-sustancias, y nos hace descender a la bruta realidad de la experiencia humana. El descubrimiento que subyace a este atractivo no es, sin embargo, algo nuevo en la filosofía. Uno lo puede expresar de distintas formas (aunque Heidegger arguye que la suya es superior). En un lenguaje vago, religioso, cabría decir que es la idea de que la condición humana es inherentemente finita, o que el hombre no es Dios. En términos del escolasticismo medieval, es la noción de que existencia no es esencia. O que el «esto-es» de algo es siempre diferente de «lo-que-es» y no reducible enteramente a él. Kierkegaard habría dicho simplemente que un sistema lógico nunca puede ser a la vez existencial. Kant aplicó esta revelación en su teoría del conocimiento, en su proclamación de que la existencia no es un predicado, en su afirmación de que hay un «algo dado» inanalizable en el conocimiento en la forma de intuición, y en su conclusión general de que el conocimiento humano es inherentemente condicionado. Hume expresó el asunto en su mayor elegancia con la simple distinción entre hecho y razón. Correctamente entendida, esta revelación no es una doctrina ni la base de proyecto de investigación alguno. Es un recordatorio ante posibles errores, fundamentalmente en la forma de otras posiciones filosóficas, y un principio práctico. Por mucho que resulte extraño, lo que es cierto en Heidegger se reduce, en mi opinión, a una versión del principio general de la Ilustración. Si quiere ser un auténtico heideggeriano, no necesita a Hume, Kant, Heidegger o cualquier otro filósofo; al contrario, será mejor olvidarles a todos y abrirse al mundo en derredor siguiendo la máxima: *mira* primero, *luego* piensa.
Desafortunadamente, en Heidegger la ilusión sigue demasiado rápidamente a la revelación. Heidegger encontró difícil «decir» Ser porque decir Ser en su sentido es de

hecho imposible. Su intento de hacerlo constituye una violación directa del descubrimiento contenido en su filosofía, y es un clásico ejemplo de la búsqueda del Santo Grial de la filosofía. El Ser que Heidegger anhela decir es aquel cuya esencia es existir. Así, uno puede sustituir «Dios» por «Ser» en muchos de los textos heideggerianos sin alterar el significado (tal y como es). El Ser de Heidegger es también la unidad de lo universal y lo particular. Pertenece universalmente a todas las entidades, por un lado, si bien no es mero universal, pues existe y es sólo *uno*. «El Ser es», como gusta decir Heidegger con su encantadora banalidad, «en sí mismo». El Ser es aquello cuya posibilidad presupone su realidad: como Parménides indicó hace mucho tiempo, el «no es» aun así «es». El Ser de Heidegger es el místico Uno. Es aquello que, primero, subyace a todas las cosas, que hace posible su existencia; segundo, no es expresable, sólo puede indicarse; tercero, es todo, toda la realidad. Tales escogió el agua; Heidegger eligió el Ser. Al final, todo es la misma sustancia.

Los rasgos más molestos de los escritos de Heidegger derivan de esta simple dialéctica de descubrimiento e ilusión filosóficos. Sus apelaciones sobre la inaccesibilidad del Ser para el lenguaje ordinario y modos de pensar reflejan su revelación. Las oscuridades que resultan de su intento de forjar un nuevo lenguaje (supuestamente desde las raíces del viejo léxico) representan la ilusión de que el Ser podría expresarse tan sólo si dispusiéramos de las palabras correctas. La cualidad metafórica de su modo de escribir incorpora el descubrimiento de que la totalidad de las cosas no puede ser representada. La esperanza implícita de que las metáforas podrían funcionar es, por otro lado, ilusoria. Su estilo evocativo (Heidegger no pretende probar sus argumentos ni siquiera describir los hechos) es un intento de expresar el Ser mediante la creación de una experiencia. La revelación consiste en que lo que puede ser parte del texto no puede ser lo que quiere representar; la ilusión es que él lo puede convertir en algo diferente a un maldito libro. La tendencia tardía de Heidegger a mistificar el pensamiento (en particular su pensamiento) se sigue naturalmente de la confianza de que él de alguna forma era capaz de pensar el Ser, si bien no de expresarlo. Finalmente, el rechazo de un objetivo o propósito en la definición de su proyecto, su invocación de un círculo hermenéutico en el que todo es tan sólo una interpretación extendida de su propio comienzo en él mismo, es meramente la internalización de su misticismo. Para el lector saludable, esta última característica es quizá el aspecto más distintivo y frustrante de los escritos de Heidegger. Cuando resulta obvio, incluso para Heidegger, que las cuestiones que articulan su proyecto son artificiales, indica que está «en el camino a un

cuestionamiento». Cuando es claro que sus meditaciones no llevan a ninguna parte, afirma que está dejando «mojones» en un sendero de pensamiento. Y no intente preguntar a dónde conduce el camino: lleva a más hitos. Al final, todo son círculos, círculos, círculos (¿alrededor de qué?).
(...)

REGRESO A LA PREGUNTA N.° 1

Puede muy bien resultar que la especulación sobre el problema que nos plantea la existencia sea un sentimiento necesario, y quizá noble, que surge de manera natural en la experiencia humana. Con todo, si esa reflexión ha de ser filosófica, ha de tener como objeto lo que puede conocerse. Y eso implica el duro trabajo de aprender, inquirir y pensar acerca de las cosas que existen. El gran misterio que al final aguarda, la existencia, es simplemente la garantía de que la investigación permanece siempre abierta.

Pudo haber sido un tipo de especulación ayuna de discurso (en el caso de Heidegger, quizá debió haber sido). Habría bastado simplemente una boca abierta. Tal y como después resultó, el discurso heideggeriano se desenmaraña en nada. Al desentrañar sus preguntas uno encuentra más papel de envoltorio. « ¿Por qué hay algo en lugar de nada?» « ¿Por qué hay algo?» « ¿Por qué hay "hay"?» « ¿Por qué hay "es"?» « ¿Por qué hay?» « ¿Por qué es es?» « ¿Por qué es?» « ¿Por qué?» «Por qué.» Arranca sonando como discurso, pero luego se torna en balbuceo.

II. Ser-ahí

El argumento heideggeriano deriva de su sentido de concreción, específicamente sobre la experiencia humana, tal y como se presenta en su primer (y único) gran trabajo, *Ser y tiempo* (*Sein und Zeit*). En ese trabajo ofrece un compendio heterogéneo de descubrimientos radicales, insípidos y dudosos sobre la experiencia humana. Desde un punto de vista filosófico, con todo, la clave es si dichas revelaciones forman parte del proyecto filosófico heideggeriano, y hasta qué punto, pues su pretensión en esa obra es una investigación sobre el Ser (una «ontología fundamental»). La investigación sobre la experiencia humana es un medio para tal fin, insistiendo en que su trabajo no era antropológico. Con razón: si se hubiera tratado de una antropología, no sólo habría fracasado en lograr su objetivo de pensar el Ser, sino que habría constituido también un modo muy pobre de desarrollar el saber antropológico. En mi opinión, su proyecto no

tiene sustento filosófico, ni base alguna, y es de hecho una puñalada trapera, abigarrada y asistemática, a la antropología.

CÓMO ES ESO DE SER-AHÍ

Sorprendentemente quizá, al comienzo de *Ser y tiempo* Heidegger desplaza el foco de la investigación desde el mero Ser al género humano, sobre la base de que la humanidad tiene el inusual estatuto filosófico de ser el único ser que cuestiona el Ser. Por supuesto que no denomina al hombre «humano» o «perteneciente al género humano» ni nada tan pedestre. Rejuvenece el término alemán *Dasein*, queriendo decir literalmente «el ser-ahí», que había sido anteriormente usado para querer decir simplemente el viejo y llano «objeto» o «cosa». Lo crucial es que el objeto de estudio es aun así el Ser, pero se revela o es accesible sólo a través de la condición humana. Así que el *Dasein* describe el lugar donde el Ser se hace manifiesto, y ocurre que este sitio se encuentra en aquel ser para quien el Ser está en cuestión.

Heidegger continúa extensamente con su análisis del *Dasein*. A continuación algunos de los rasgos que le adscribe: está por ejemplo lo que Heidegger llama el «estar arrojado» (*sic*) del *Dasein*. La gente se encuentra ya arrojada al mundo, ya existiendo. «Ser-en-el-mundo», la jerigonza para describir esta condición de estar ya rodeado por un mundo externo, es parte de la estructura de la existencia humana. Se trata de un intento de darle la vuelta a Descartes: soy, luego pienso. En conexión con esto, «ser-con», como en ser con los demás, es también un aspecto fundamental de la existencia. Así que el tradicional «problema de las otras mentes» es disuelto sobre la base de que ser-con es un modo fundamental de ser-ahí, o *Dasein*. En lo que hace a los objetos externos, prosigue Heidegger, el *Dasein* primero se encuentra con objetos en el mundo como «dispuestos-a-ser-aprehendidos». Esto significa algo así como «instrumentos». El objetivo es sugerir que hay un tipo de relación primordial entre los seres humanos y los objetos externos, como la que se da entre trabajadores y martillos, que precede cualquier teoría reflexiva sobre la naturaleza y aplicación de los objetos externos. Que esto sea o no verdad es, como en general la teoría heideggeriana, irrelevante. El objetivo es evocar un sentido de asombro ante el ser de hombres y martillos que precede cualquier teorización científica o filosófica sobre lo que los humanos hacen realmente con los martillos. Heidegger encuentra la característica definitoria del *Dasein* más bien, y extrañamente, en el «cuidado». Con ello no quiere decir que seamos todos enfermeras, sino que la base de nuestra naturaleza es estar atentos, en un sentido general y neutral, a

lo que ocurre en derredor nuestro. Para resumir muy sintéticamente, se podría afirmar que Heidegger intenta hacer un retrato de la experiencia humana en el que se enfatizan los rasgos que se habían pasado por alto en la noción cartesiana del sujeto (¿objeto?) de la epistemología. Por supuesto, en ese contexto hay algo extraño en definir el *Dasein* como el ser para quien el Ser está en cuestión.

Resulta que una persona-*Dasein* puede ser «auténtica» o «inauténtica» con respecto a su naturaleza como *Dasein*. El auténtico *Dasein* ha leído *Ser y tiempo* y vive con la conciencia de la estructura básica de su existencia. Y la faceta principal de esta estructura es la inevitabilidad e individualidad de la muerte. Los inauténticos presumiblemente piensan que no van a morir. Los auténticos han aprendido el factor «ser-con», pero colocan sus relaciones con los otros en perspectiva. Los inauténticos son absorbidos en lo que otras personas piensan. El auténtico «habla» (normalmente sobre el Ser). Los inauténticos meramente «charlan». Los auténticos experimentan aquella vieja «angustia» existencial (o pavor) cuando contemplan las cláusulas de «No hay salida» de su existencia. Los inauténticos meramente experimentan «temor». Los auténticos saben del «asombro». Los inauténticos tienen una suerte de curiosidad «felina». La forma de lograr autenticidad, de acuerdo con Heidegger, es hallarse «dispuesto». La «disposición» es una combinación de determinación, firmeza y humanidad en concluir las cosas bajo las limitativas condiciones de la existencia humana (principalmente la muerte). Los inauténticos son probablemente sosos, endebles charlatanes. La existencia inauténtica, por usar la terminología neobíblica heideggeriana, es un tipo de existencia «caída». En este punto, Heidegger siente que suena demasiado mojigato, así que nos asegura que los «caídos» siguen siendo personas, y que el «estar-caído» ha de ser también una parte de la existencia humana. Lo cual es una forma vagamente dialéctica de tratar de superar una autocontradicción. Pero bueno, ningún sistema filosófico alemán sería completo sin un poco de moralina.

Sacado de su morada en su obtusa ontología, el análisis heideggeriano del *Dasein* incluye una mezcla de observaciones penetrantes, dudosas e insípidas. Los elementos anticartesianos sugieren la revelación genérica de que mucha de la experiencia humana acontece sin base metafísica alguna. Esto es, no todo lo que hacemos está (o quizá pueda estar) basado en la reflexión crítica, minuciosa, sobre nosotros mismos en cuanto sujetos independientes que poseen creencias y deseos. La discusión de Heidegger sobre cómo la responsabilidad individual puede extraviarse en la condición inauténtica de la absorción en «el ellos», es una anticipación (aunque quizá no autoconsciente)

razonablemente exacta del modo en que masas de alemanes se comportarían bajo el totalitarismo. Sus apelaciones sobre el «ser-para-la muerte» son interesantes, pero casi con certeza sobredimensionadas. Es verdad, en un sentido lógico, que la muerte es individual y existencial, no un acontecimiento en la vida de uno. Es también probablemente cierto, en un sentido psicológico, que una conciencia de la inevitabilidad de la propia muerte puede tener un efecto saludable sobre las actitudes y comportamientos propios (aunque también puede hacer de uno un completo morboso). Pero es bastante innecesario, por no decir absurdo, elevar esta conciencia de la muerte a una condición ontológica de autorrealización.

EL SER-AHÍ ES EL SANTO GRIAL

La idea clave de la discusión heideggeriana es que la existencia humana, *Dasein*, es inherentemente finita; así, a medida que la noción de *Dasein* se desarrolla a lo largo de su obra, adopta un carácter absoluto o incondicionado. El *Dasein* es aquello cuyo «que-es» es idéntico a su «lo-que-es». El *Dasein*, tal y como Heidegger lo formula, es aquello que existe «por sí mismo». De hecho, la progresión del análisis en la obra de Heidegger puede verse como la llevanza del *Dasein* a la autosuficiencia y la autoconciencia última. Puesto que es una (quizá la) estructura esencial del Ser, sea esto lo que sea, la autorrealización del *Dasein* en la filosofía heideggeriana debe presumiblemente producir el propio Ser. El *Dasein*, en otras palabras, es el Santo Grial de Heidegger.

El Santo Grial colma de virtudes a aquellos que lo poseen (a aquellos que lo conocen). Con esto, podemos empezar a dar sentido a la jerga heideggeriana de la autenticidad. Recuérdese que Heidegger parte declaradamente de la ontología fundamental. Entonces gira misteriosamente desde el «es» de la ontología al «debe» de la ética. ¿Cómo puede ser? La respuesta, tras dos mil quinientos años de filosofía, puede resultar un tanto tediosa. La pretensión heideggeriana de situar una ética en las estructuras del ser es una repetición de la búsqueda socrática de la identificación entre virtud y conocimiento. Es el intento de combinar prescripción y descripción. Por ponerlo en términos hegelianos, el análisis heideggeriano de las condiciones de la existencia auténtica, y su culminación en el privilegio de un tipo particular de conciencia, es un esfuerzo en pro de lograr la unidad de teoría y práctica.

Posiblemente el paralelismo más interesante es el que cabe establecer entre la ética de Heidegger y la de Kant. En un sentido superficial, son diametralmente opuestas: la una pretende localizar la ética en la finitud intransigente de la existencia humana, y la otra

en la universalidad absoluta de la razón. Que hay entre las dos una convergencia más profunda se revela evidente por un hecho curioso, y es que ambas pueden ser justamente criticadas por vacuas. El test kantiano de la racionalidad de las proposiciones éticas, como hemos visto, da vía libre a todas y cualesquiera posiciones éticas. Las apelaciones heideggerianas sobre la disposición son igualmente vacías. Piense en la disposición heideggeriana como un imperativo: sea lo que sea lo que decidamos hacer, hemos de estar dispuestos a ello. Pues muy bien. Pero, ¿qué debemos hacer? La verdad es que podemos hacer lo que nos plazca, y aun así estar dispuestos a ello. En términos más generales, la idea básica de una ética de la autenticidad es «sé fiel a ti mismo», o «conviértele en lo que eres». Lo cual pasa por alto la pregunta obvia: en todo caso, ¿quién eres tú? Entonces, nuevamente, quizá esto es tan sólo otro de los círculos maravillosos del Ser heideggeriano. Tal vez debamos dejar de acosarle para que nos aporte explicaciones sensatas, y caer en el trance.

En suma, tomado como una contribución a la ontología fundamental, como pretende Heidegger, el análisis del *Dasein* es meramente una cobertura vacua para una reafirmación de la búsqueda del Santo Grial de la filosofía. Desvestido de sus ambiciones ontológicas, el análisis de Heidegger aún abriga unas cuantas reflexiones interesantes sobre lo que significa ser humano. Con todo, si nuestro objetivo es seguir la pista a tales pensamientos, podríamos hacer cosas mucho mejores que sumergirnos en el fango de una palabrería superflua y de los pronunciamientos espurios. Podríamos salir al exterior y recopilar evidencias sobre el comportamiento humano, observarnos, y poner en práctica una discusión abierta sobre los hechos en cuestión.

III. La historia del Ser

Heidegger nunca concluyó el proyecto que presentó en *Ser y tiempo*. Quizá fue debido al episodio nazi, o tal vez fue el resultado de sus lecturas sobre la historia de la filosofía. En cualquier caso, Heidegger aparentemente decidió que había algo no del todo correcto en su aproximación original. Ese algo, parece, tenía que ver con la historia (con la historicidad de la filosofía y del propio Ser). Su proyectó giró desde una investigación del Ser mediante el análisis del *Dasein*, hacia una investigación del Ser tal y como se manifiesta él mismo en «la historia del Ser». Heidegger decidió que había llegado el momento de derribar la tradición de la metafísica occidental, a la que hacía responsable de haber olvidado al Ser. Su anterior trabajo, llegó a creer, constituía posiblemente un exponente más de esta tradición de pensamiento errada. De ahí el famoso «giro» del

pensamiento de Heidegger. De un proyecto aparentemente orientado desde la antropología, derivó hacia las inquietudes «prehumanas» sobre la verdad, el lenguaje y la historia. Con todo, en mi modo de ver las cosas, aun así seguía siendo en gran medida el mismo Martin, y su proyecto de derribar la metafísica fue el timo más grande jamás vendido al público filosófico.

Heidegger emplazó su nueva idea de un proyecto, el derribo de la tradición metafísica occidental, dentro de un relato. Éste es algo así como un cuento de niños.

Un cuento sobre el olvido

Erase una vez el reino de Occidente donde gobernaba el Gran Rey Ser. Sus hijos, que se llamaban a sí mismos los presocráticos, le servían fielmente y eran muy felices. Entonces nació el Gran Príncipe Platón. El Ser sabía que Platón era especial. Un día, mientras se dirigía a la academia, Platón se encontró con el Ser. El Ser le dio a Platón un regalo, un par de menteojos llamados «racionalidad». Platón se los probó. No podía seguir viendo al Ser. En su lugar, veía cantidad de Ideas matemáticamente calculables. Platón llegó a pensar que el Ser era inmediatamente accesible y controlable por su ¡impía mente. Ahora Platón pensaba que era él quien estaba al mando. Se llamó a sí mismo Gran Rey-Filósofo, y exigió que todo el mundo en el reino llevara estos menteojos. Así que todo el mundo en el reino empezó a ver al Ser de la misma forma, es decir, a no verlo en absoluto. El Ser estaba consternado, por supuesto, aunque Él nunca cesó de gobernar en la sombra.

Después de que Platón se jubilara, el Ser siguió visitando a los nuevos príncipes (Aristóteles, Descartes, Kant y Nietzsche) y dio a cada uno nuevos regalos. Éstos eran versiones todavía más avanzadas y refinadas de los menteojos de Platón. A medida que cada príncipe se convertía en Gran Rey-Filósofo, obligaba a todo el mundo en el reino a llevar la última versión de los menteojos. El efecto era que la gente empezaba a pensar que el Ser existía sólo en la forma de pequeños entes sin más. Así que la gente se olvidó del verdadero Ser, y se dedicó a explotar entes de la mejor manera que podían. Valoraban las cosas sólo por su uso. Desarrollaron la ciencia moderna y la tecnología, y pronto se encontraban atrapados en embotellamientos en su camino a sus tediosos trabajos en estrechas oficinas. Intentaban encontrar el Ser construyendo más puentes que nunca, y bien parecían alejarse aun más de Él. Empezaron a deprimirse. La faz del Ser se oscureció, y Él se dijo: Me han olvidado.

Entonces, un día nació el Gran Príncipe Martin. El Ser fue a visitarle y le contó la historia de cómo el reino de Occidente había estado ciego desde Platón, etcétera. Pero ahora Occidente está preparado para verme de nuevo, dijo. Entonces el Ser entró en el cuerpo de Martin, convirtiéndose en Ser de seres. Cuando Martin ascendió al trono del Reinado-Filosófico, exigió a todo el mundo que llevara un nuevo juego de menteojos, que eran una combinación inversa de todos los anteriores. Así el reino vio una vez más al Ser, permitiéndole reanudar Su legítimo cargo, y todos vivieron felices desde entonces.

Este pequeño cuento de niños constituye para los filósofos una excelente lectura para antes de dormirse, y es probablemente la contribución más influyente de Heidegger al pensamiento del siglo XX (por supuesto que Heidegger tomó en préstamo partes del relato de unos cuantos predecesores, a saber, Nietzsche, y los pensadores de El Fin de la Civilización como Spengler y Jünger, si bien le dio una nueva vuelta de tuerca e ímpetu).

EXÉGESIS

En forma esquemática, la historia de Heidegger es como sigue:

1. El pensamiento occidental ha sido controlado por un cierto modo de pensar (llámese metafísica o racionalidad).

2. Esta forma de pensar impide a los occidentales tener una relación apropiada con el Ser, y así conduce al nihilismo.

3. Martin salvará la civilización occidental mediante el derribo de la tradición del pensamiento occidental.

Los presocráticos, sugiere Heidegger, estaban bien. El pensamiento metafísico occidental realmente comienza con Platón. Una sucesión de figuras subsiguientes, Aristóteles, Descartes, Kant y Nietzsche, profundizaron y elaboraron aun más este modo de pensar. La actitud de Heidegger hacia cada uno es ambivalente. Cada uno trató de alguna forma de derribar la tradición, y por tanto ofrece revelaciones valiosas, pero cada uno de ellos fracasó.

Abundemos sobre el primer punto del relato. Las principales características del pensamiento metafísico occidental son:

1. Mantiene (falsamente) la comprensión del Ser en términos de la presencia permanente y continua de los objetos. Excluye el Tiempo para la comprensión del Ser.
2. Mantiene (falsamente) la comprensión del Ser como poseedor de las características de la racionalidad matemática. Concibe al Ser solamente en términos de objetos enumerables con cualidades específicas.
3. Mantiene (falsamente) la comprensión del Ser como lo que puede ser representado a un sujeto cognoscente. Queda dominado por una metafísica de oposiciones sujeto-objeto. Por tanto reduce ser a percibir, como en Kant, y finalmente a voluntad, como en Nietzsche.

Dilucidemos el segundo punto del relato. Las consecuencias del pensamiento metafísico occidental son calamitosas:

1. Hace que nos «olvidemos» del Ser.
2. Lo cual induce una actitud agresiva e imperialista hacia los seres.
3. La cual es responsable de la ciencia moderna y la tecnología.
4. La cual conduce al nihilismo. La objetivación, desmistificación y explotación de las cosas elimina el valor del mundo. Finalmente, todos los valores son destruidos.

El tercer punto es simple: bien, ¡demos gracias al Señor por haber enviado a Martin!

Lo primero que ha de advertirse sobre el relato es que en su esquema es bastante ilógico. La «racionalidad» es mal considerada porque nos impide ver las cosas como realmente son (esto es, como verdadero Ser) y porque nos impide obtener lo que queremos (es decir, la felicidad o la evaporación del nihilismo). En otras palabras, la racionalidad es condenada por irracional. Esto difícilmente tiene sentido. Ahora bien, puede ser que mucha gente a lo largo de la historia haya mantenido y siga manteniendo creencias erróneas sobre el mundo, y que las mismas resulten en acciones autofrustrantes (creo que mayoritariamente la gente tiene una comprensión del mundo adecuada para el logro de sus deseos, y que el joven Heidegger probablemente habría estado de acuerdo conmigo sobre esto). Es sumamente implausible (y, en lo que hace a la filosofía, empíricamente falso, como he argumentado a lo largo del libro) que todo el mundo en Occidente hasta ahora deba haber mantenido el mismo conjunto de creencias. Y es absurdo sostener que el error principal fue la creencia en la «racionalidad», pues la racionalidad es inherente a la propia posibilidad de una acción significativa basada en la creencia. Por el contrario, uno debe reafirmar el principio fundamental de la

racionalidad de acuerdo con el cual el prejuicio debe ser evitado y uno debe juzgar las cosas en función de cómo son. Lo que Heidegger intenta rechazar como racionalidad «instrumental», o la «interpretación técnica» de la razón, es razón, y lo que habita al otro lado no es una «senda más elevada de pensamiento» sino magia, misticismo y sofistería.

El segundo absurdo obvio de la historia tiene que ver con las asunciones que se hacen sobre la naturaleza y relación entre la historia y la filosofía. El relato incorpora un fuerte historicismo. Todo pensamiento en una época (de hecho en toda la que comprende de Platón a Nietzsche) está gobernado por un paradigma único e indiscutido. Esto conduce a las contradicciones típicas sobre cómo nosotros, presumiblemente entontecidos por la racionalidad occidental, podemos siquiera empezar a entender lo que dice Heidegger. La narración también asume un papel relevante para la filosofía, cómicamente autoatribuido, el cual, con el ropaje de la metafísica, dicta el paradigma del pensamiento. Así, la metafísica es hecha responsable de la ciencia, la tecnología y el modo de vida occidental en su conjunto. Por describirlo con suavidad, esta asunción conlleva un fundacionalismo ingenuo (todo lo que pienso sólo puede explicarse en función de mi teoría de más alto nivel sobre la naturaleza de la realidad) emparejado con un extraño idealismo histórico (todo lo que pienso ha de haber sido pensado previamente por un gran filósofo). De hecho, puedo fácilmente comerme un pincho de tortilla y explicar mis acciones sin referencia a una metafísica de sujetos y objetos y sin tener idea alguna de quién fue Descartes. Sólo un profesor de filosofía, o quienquiera que sea el que escribe los reclamos publicitarios en las solapas de los clásicos de la filosofía, podría imaginar que el curso de la historia occidental fue dictado por las grandilocuencias ininteligibles de unos cuantos místicos ignotos. Tal y como he argumentado a lo largo del libro, la ciencia en su mayor parte ha progresado a pesar de las especulaciones metafísicas que han tendido a ralentizarla. La ciencia no necesita a la filosofía y puede apoyarse en el sentido común (si es que necesita apoyarse en algo). Un argumento similar puede esgrimirse acerca de los esquemas de valores putativos de la ciencia y la metafísica. Puede ser ciertamente razonable afirmar que ciertas creencias han propendido a inducir una disposición agresiva innecesaria e indeseable, o que ciertas formas de organización del comportamiento tienen consecuencias para la determinación de los fines del comportamiento. Es bastante ridículo adscribir la disposición directamente a la racionalidad o la metafísica. La razón no es agresiva; es la gente la que lo es.

Uno no debe pasar por alto el hecho de que el fuerte historicismo filosófico de Heidegger realmente reduce la historia a la simplicidad de un tebeo. Él es capaz de explicar todo (el nazismo, la II Guerra Mundial, la industrialización, el envolvimiento de Alemania por Rusia y Estados Unidos) en términos del olvido, el recuerdo, el oscurecimiento, el alumbramiento y un puñado de otras permutaciones del Ser. Asimismo, uno debe percibir que el concepto heideggeriano de la historia del mundo es extraordinariamente provinciano (su occidente grecogermánico es incluso más estrecho que la historia hegeliana, que al menos comienza en la India y China). Por último, uno debe considerar las implicaciones de este historicismo extrañamente reductivo para la interpretación de los pensadores y de la historia de la filosofía. Uno ha de leer los trabajos de Heidegger sobre Nietzsche, Kant y los demás. Uno debe intentar afirmar tan sólo acerca de quién versan estos trabajos. Personalmente, me siento en la obligación de decir que he contraído una deuda de gratitud con Heidegger. A la vista de la violencia que practica sobre las obras de sus predecesores, estoy seguro de que mis propias interpretaciones parecerán bastante equitativas y razonables.

El absurdo final del cuento para niños es el lugar que Heidegger se asigna en la explicación. Supuestamente representa un final de la tradición tal y como la entendemos y una vuelta a su realidad primordial. La lógica tras esta autoexaltación es inexorable. Si Martin ha identificado el paradigma impensado del pensamiento occidental, entonces *ipso facto* ha pensado la forma de más allá del pensamiento occidental. Si, como dice, las doctrinas de Platón fueron «no mera casualidad, sino las palabras del Ser», entonces puede estar seguro de que las palabras de Martin *son* el gran S mismo. Paradójicamente, el intento de totalizar la tradición del pensamiento metafísico y de situarse por encima de ella es un ejemplo clásico de todo lo que ha sido erróneo en la filosofía metafísica. Se trata de la pretensión de entender toda la realidad como historia, toda la historia como historia de la filosofía, y toda la filosofía como una totalidad cuya comprehensión y límite es el propio Heidegger. Martin el aniquilador su propio Santo Grial. El significado del Ser y de la historia convergen en su propia persona. Está predestinado, es un destino, un ser absolutamente necesario; la verdad hacia la que la filosofía ha canalizado sus esfuerzos.

(...)

EL MITO DEL LENGUAJE

Algunas de las reflexiones de Heidegger más influyentes y menos coherentes tienen que ver con el lenguaje. Menciono tres ideas interrelacionadas:

1. Hay un lenguaje original de la verdad/el Ser, a saber, el griego antiguo (el alemán figura en el segundo puesto a poca distancia). Por ello las etimologías artificiales son el camino a la verdad.
2. Es el lenguaje el que habla, no el hombre.
3. El lenguaje es la «morada del Ser». Sus «guardianes» son los poetas.

La primera idea es demencial. Lo único que me puedo imaginar es que a Heidegger se le fue la mano con su entrenamiento escolástico-teológico. Sus etimologías (muchas de las cuales son realmente fraudulentas) constituyen tan sólo un medio para colar la afirmación sin más como una verdad revelada.

La segunda idea es un viejo bulo. Al menos desde Heráclito y su *logos*, como el propio Heidegger destaca, los filósofos han imaginado que podrían dar con un esquema que sería previo a la subjetividad y por tanto les liberaría de las obligaciones que conlleva la libertad. Muchos seudopensadores del siglo XX y teóricos de la literatura están agradecidos a Heidegger por permitirles citar su escueta afirmación como una «evidencia» de que tal esquema podría hallarse en el lenguaje; no es el caso. El lenguaje no habla, es la gente quien lo hace.

La tercera es un buen ejemplo de la retórica semidevota y sin sentido de Heidegger. El Ser no vive en lugar alguno, y Friedrich Hölderlin escribía poemas y no defendía la filosofía heideggeriana.

El postrero interés de Heidegger por el lenguaje en modo alguno modifica la fútil orientación de su filosofía. Simplemente transfiere algunos de los poderes místicos del Santo Grial-Ser al Santo Grial-Lenguaje.

IV. Martin

Muy bien pudo haberse tenido Martin por un destino histórico mundial, pero es poco probable que nosotros lo hagamos. Más aún, sabemos por el Principio de la Indeterminación que las formas específicas de su misticismo no pueden derivarse del propio misticismo, sino que han de ser explicadas con referencia a factores concretos, históricos y personales.

EL SACERDOTE

La familia de Heidegger pensó que crecería para convertirse en un sacerdote católico. Sus estudios más tempranos versaron sobre cuestiones teológicas; su tesis doctoral, por ejemplo, tuvo como objeto al teólogo medieval Duns Escoto. La inclinación teológica de su filosofía posterior ha sido constatada desde hace tiempo. Ya he indicado más atrás la aparente sustituibilidad de «Dios» y «Ser», el uso de nociones bíblicas de «estar-caído» y demás en el análisis del *Dasein*, y el posible complejo cristiano de Martin.

Tal vez esta aura religiosa pueda explicar algo sobre la naturaleza de los textos. Es bastante obvio que el trabajo de Heidegger no es científico: no observa método científico sensato alguno y desdeña la evidencia. Su carácter es evocativo e inspirativo. Resulta ser, en resumen, lo que uno espera de un sermón. Quizá tan sólo cumplía los deseos paternos. Pienso que internamente Martin se imaginaba como el Gran Sacerdote del Ser.

EL CAMPESINO

Está claro: Martin fue un teólogo. ¿Cuál era entonces su teología? ¿Debemos asumir, sobre la base de la conexión Dios-Ser, que pertenece puramente a la tradición aristotélica representada por san Anselmo, santo Tomás y compañía? En un sentido importante, no. La teología heideggeriana tiene una deuda notable con la religión tribal, pagana e idólatra indirectamente adscrita a los teutones por la cultura alemana del siglo XIX. Es la misma religión que habrá de jugar un papel importante en la ideología nazi, y que servirá como puente heideggeriano a ésta.

Tómense las indicaciones superficiales. Las metáforas favoritas de Heidegger son importadas de la cuasimítica vida campesina. No puede dejar de hablar de bosques, senderos, claros, claridades, refugios y nichos. Y no puede haber duda de que la lengua alemana, que es la expresión de la realidad del ser del pueblo alemán, tiene un estatuto filosófico muy especial para Heidegger. Estas metáforas e inclinaciones se reducen a un manojo de símbolos: patria chica, tierra, tribu. Patria chica en el sentido nazi de *Heimat*: no mera residencia, sino espacio vital apropiado para un alemán. Tierra como tierra en alemán, como en Sangre y Tierra. Tribu como en teutones, como en historia ancestral.

Hasta aquí, una proclividad superficial y puramente personal por la mítica vida campesina teutónica del pasado. Sin embargo, en la teología del Ser se convierte en algo de mucho más calibre. Hay una suerte de primitivo y prespinoziano panteísmo en el Ser heideggeriano. El Ser está en todas partes, de forma inmanente en los entes. Cada pequeña cosa es una manifestación del gran Ser, y éste es en sí mismo esta manifestación universal. Hay un trecho muy pequeño de aquí a la idolatría pagana.

Bosques, casas, martillos y etimologías grecogermánicas se convierten en la forma sagrada en la que el Ser se nos revela. En sus últimos trabajos Heidegger se presenta con un estrafalario «constructo cuádruple» (dioses, cielo, tierra, mortales) cuya absoluta arbitrariedad (¿por qué no cinco?) tiene sentido sólo como un acicate esotérico a este nuevo paganismo. La tierra es la «que sirviendo sostiene; la que floreciendo da frutos, extendida en roquedo y aguas...»[1]. ¿Por qué no darle sencillamente algún nombre mítico y liquidar el asunto? «El cielo es el camino abovedado del sol...» «Las divinidades son las palomas mensajeras de la divinidad.» Lo siguiente será pedirnos hacer sacrificios.

La tribu heideggeriana acaba adorando al Ser a través de los entes, sacralizando los entes que están a su alrededor y constituyen su vida (la casa, la granja, el bosque). El asombro tribal hacia el Ser es un tipo de estupefacción ante la magia de los entes. Hay una fascinación especial con el ser colectivo en el que existe y que le ha permitido llegar a ser (o sea, su historia ancestral). Es decir, el paganismo de Heidegger mezclado con el tribalismo es esencialmente una forma de adoración antigua. Hay una cosa más que la tribu adora: la Voluntad. Venera al Líder dispuesto que guía y se convierte en su ser. Su estupefacción elemental ante el Ser es también un pasmo elemental ante aquellos que como parte del Ser transforman el Ser.

EL NAZI

Lo que es realmente definitorio de esta nostalgia mágico-campesina no es lo que propone o venera, sino lo que confronta. En el marco de toda esta vaga adoración de la tierra, la sangre, la tribu (y en la propia vaguedad) hay una reacción contra el avance de la tecnología moderna en la vida humana. De ahí la antipatía hacia la ciencia, la lógica, incluso hacia la claridad expositiva. Un hombre es infeliz con la vida, cree que ello se debe a que algo le ha sido hurtado, algo que era propiamente suyo, el sentimiento de estar-como-en-casa-en-el-mundo; echa la culpa a las novedosas estructuras prominentes del mundo, su moderna tecnología invasiva, y comienza a reaccionar contra ellas y contra sus supuestas bases (la razón). La oscuridad heideggeriana es una forma de reacción.

En esto, Heidegger fue con mucho un hombre de su tiempo. A comienzos del siglo XX, gran parte de la élite intelectual alemana quedó absorta con las teorías sobre el colapso

---

[1] «Construir, habitar. pensar», traducción española de Eustaquio Barjau; Martín Heidegger, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994. P. 131 (el original en alemán es: «Bauen, Wohnen, Denken», conferencia de 1951 publicada en *Neue Darmstädter Verlaganstalt*, 1952).

inminente de la civilización. Escritores como Spengler y Jünger, siguiendo el camino trazado por Schopenhauer y Nietzsche, eran sumamente populares. La derecha, tanto como la izquierda, aborrecía la «civilización burguesa» que se había adueñado de Alemania y del mundo. Sin embargo, la mayoría, como Heidegger, no tenía una respuesta muy inteligente a la «crisis» de la modernidad.

(...)

¿Qué hubiera ocurrido si Heidegger hubiera (injustamente) fracasado en las convocatorias de becas que garantizaron su carrera académica? ¿Qué hubiera ocurrido si simplemente se hubiera convertido en un sacerdote católico más en la Selva Negra? Bueno, probablemente él habría seguido siendo un místico, aunque en sus raptos habría hablado de Dios, no del Ser; aun así habría seguido abogando por el abandono de la moderna civilización, aunque podría haber apelado a la fe renovada en lugar de a una vuelta a la vida campesina medieval; y probablemente habría seguido apoyando a los nazis. El filósofo emplea su tiempo tratando de conocerse; tal vez no sobra mucho tiempo para cambiarse.

El PROFESIONAL

¿Qué ocurre si es mucho suponer que Heidegger tuviera una agenda teológica, religiosa o política? Después de todo, no parece probable que un filósofo del Ser salga e intente cambiar el mundo. ¿Y si su objetivo en la vida consistía simplemente en convertirse en un maestro alemán de la filosofía, el Hegel de su época? ¿Y si las aparentes doctrinas y agendas pueden ser explicadas principalmente a partir de lo que habría reportado éxito en tal empresa? La mística, después de todo, surge a montones. Sólo unos pocos llegan a ser grandes filósofos. ¿Por qué Heidegger?

Un maestro alemán de la filosofía es identificable enseguida. Él (olvide ella) ocupa una cátedra en una prestigiosa universidad alemana. Está rodeado de una camarilla de admiradores e imitadores. Y tiene el privilegio de exponer sus puntos de vista en lugar de argumentarlos. ¿Cómo un campesino avispado puede llegar a ser tal maestro? Esto puede variar en función del periodo histórico. En la primera mitad del siglo XX, la receta habría sido la que sigue:

1. Escribe. *Defectuosamente*. Desde Kant se admite que la claridad expositiva no conviene a un maestro.

2. Di cosas desagradables sobre el sentido común. El maestro ha de prometer iniciar a sus discípulos en un modo de pensar que les hará superiores al común de los mortales, especialmente a sus propios estudiantes.
3. Haz creer que estás en posesión del paradigma que resolverá todas las disputas filosóficas del pasado.
4. Evita alcanzar nunca una conclusión final de cualquiera de tus argumentos, o contestar cualquiera de tus preguntas fundamentales. Esto haría disipar el aura. Has de transmitir la sensación de que apuntas en una dirección particular, al tiempo que te apuntas sólo a ti mismo.
5. Quéjate un poco de la modernidad, la alienación, la deshumanización y todas esas cosas. Expande algunas seudoprofundidades sobre las condiciones espirituales contemporáneas para dar a tu obra credibilidad entre los intelectuales desafectos. Aprovéchate del misticismo e irracionalismo que es bastante común hoy como reacción al avance de la ciencia.
6. (Mitad de siglo). Súbete al carro del lenguaje. Es el próximo tema candente para los profesionales. Adelántate tanto a la *intelligentsia* francesa como a los filósofos del lenguaje anglosajones, afirmando que el lenguaje es central para todo lo que haces. Serás citado con gratitud como evidencia de las décadas por llegar.

¿Fue Heidegger tan calculador en su ambición? Puede que sí. Puede que no. Es un esfuerzo enorme el hacerlo si todo lo que deseas es una pequeña casa tranquila en la Selva Negra.

PLACERES EGOÍSTAS

Aún estamos pensando en términos de metas, objetivos esencialmente externos, de ser-hacia-otra-cosa; para cambiar la historia del mundo; para comenzar o resucitar una religión; o meramente para contribuir a la ambición personal en el ascenso a una escala social peculiarmente alemana. ¿Y si incluso esto supone demasiado? ¿Y si nuestro amigo no ha alcanzado aún el objetivo, no ha formulado completamente todavía la pregunta de su vida?
Piénselo; había algo muy extraño sobre el hombre. Quiero decir, estaba siempre más bien desenganchado, lo bastante como para proceder con calma cuando los nazis aparecieron, y suficientemente despreocupado del resto de la humanidad como para no molestarse en aclarar la cuestión nazi durante lo que le quedó de vida. ¿Y no resulta

extraño que virtualmente Heidegger nunca viajase fuera de su barrio? ¿Sentía que no había nada de interés en el mundo? ¿Sentía que él mismo era lo más interesante del mundo? ¿Realmente sólo estaba pensando?

(Matthew Stewart: ***La verdad sobre todo. Una historia irreverente de la filosofía***)